

## CAPITULO VII.

### El convento de Santa Margarita.

En gran salon adornado de cuadros religiosos, á la luz mortecina de dos lámparas, departen asentadas en sillones de cuero, despues del coro y de la cena, aguardando la hora en que la campana dé la señal de recojerse y dormir, las monjas pertenecientes á la comunidad de Santa Margarita de Prato, rodeadas de varias educandas y novicias. Inútil decir que allí se encontraba Lucrecia Butti, sin pertenecer á ninguna de las tres categorías de contertulias que hemos mencionado. No pertenecía á las educandas porque su educacion estaba concluida; no pertenecía á las monjas porque jamás pronunció votos sagrados; no pertenecía á las novicias porque ni intención abrigaba entonces de renunciar á la vida y á los placeres del mundo. Su situacion aparecia como extraña y aparte. Realmente era una fugitiva del hogar y de la sociedad que pedia asilo pasagero, más seguro y honroso, á las paredes del claustro. Y con todas sus desventuras, no desesperaba. Creia que, salvada por su resuelta voluntad de un matrimonio sin amor, tarde ó temprano le depararia la suerte cualquier encuentro, tan casual y extraño como los anteriores, con el misterioso personaje á quien hasta entonces consagraba toda la devocion de su alma. Singular estado moral y singularísimo estado social, pero superior en su concepto á un casamiento por fuerza. Todo dependia de su espera. Habíale puesto á esa espera un plazo, y si dentro de este plazo, las ilusiones, que acariciaba, no se cumplian, estaba resuelta á empezar por ceñirse el velo blanco de novicia para concluir por llevar la vestimenta fúnebre de las monjas. Mas, en el momento que historiamos, distinguida de todas sus compañeras de convento, se aislaba

en una situacion, como he dicho, extraña y aparte. Su traje correspondia á su suerte porque se desemejaba de todos los hábitos que la circuian sin dejar de tener por eso visos monásticos. Compuesto de blanca lana y ceñido al cuerpo con verdadera elegancia, dábale bajo los anchos pliegues de un velo, tambien blanco, aspecto semejante al de esas estatuas colocadas sobre las losas de las tumbas en los panteones y en las iglesias.

El convento era un mundo. Vivian en él pobres mujeres á quienes la exaltacion de la fé llevaba á enterrarse en vida junto á otras á quienes arrastraba más que la vocacion la conveniencia. Solteronas sin matrimonio posible; doncellas abandonadas de su novio; hijas recludas por sus padres á demanda de impías madrastras; jóvenes que tropezaron y cayeron, mal arrepentidas y peor curadas, alternaban con algunas almas místicas, cuya vida corria entre las armonías del órgano y las nubes del incienso, aguardando al pié de los altares la transfiguracion celeste por virtud del sacrificio y de la muerte. ¡Extraño contraste! Unas mujeres con la oracion siempre en los labios, y el éxtasis en los ojos, y el deliquio en el corazon, y el rosario en las manos, vivian entre ejercicios piadosos y penitencias acerbas, suspirando por deceñirse del barro terrestre y alejarse del mundo pecaminoso, junto á otras mujeres ménos sublimes y más terrestres, con sus pasiones exaltadas por la privacion, y que al través de los fuertes hierros y de las espesas celosías de su jaula, miraban con mirada codiciosísima, allá léjos, fuera del alcance de sus manos, una sociedad donde únicamente encontraban el aire respirable necesario para sus tristes combatidas almas.

Todas las reuniones de estas personas, tan opuestas por sus temperamentos contrarios, revelaban la contradiccion continua en que vivian. Así, examinando los grupos que formaban al punto y hora de nuestro relato, veíase la lucha irremediable en el seno de aquella paz, tan parecida por su uniformidad á la muerte, y tan falta del silencio y del reposo, que la muerte ofrece en su profundo y perdurable sueño. Mientras unas fijaban sus ojos en devocionarios de rica vitela ilustrados por pinceles místicos y repetian en voz baja los rezos latinos; otras hacian flores de trapo ó bordados de seda, diciendo entre dientes profanos versos de Petrarca consagrados á sus amores por Laura; mientras estas hablaban de la procesion que tenian en mientes ó del ejercicio espiritual que preparaban para el domingo, departian aquellas de cuentos, de chismes, de pasiones, de asuntos varios entre los cuales se encontraban, admirense nuestros lectores, desde la crónica escandalosa de la comarca hasta los abtrusos problemas de la política.

Oigamos su conversacion.

—Ave María Purísima, dijo Sor Rosa, dirijiéndose á una hermana que junto á ella estaba, no habéis de asuntos en los cuales mete su mano el diablo.

—Calle, hermana, le contestó Sor Rita, que si no tratamos de nuestra

República y sus negocios ¿de qué trataremos en estas rápidas horas consagradas al soláz en nuestra estrecha regla?

—No diga, hermana, si la regla le parece estrecha ó ancha, pues nosotros debemos obedecerla y no juzgarla.

—Exclamó Sor Perfecta que también se la echaba de Santa.

—Válgame el cielo. ¿Y de qué hablar entonces? dijo Rita. Mi familia pertenece á la aristocracia florentina y me ha acostumbrado desde la niñez á tratar de las graves cosas del Estado. Nuestra lógia en todo tiempo resonaba con discursos políticos.

—Más vale hablar del mundo, de sus pasiones, de sus luchas, de sus amores, cosa divertida y amena, dijo Sor Berta, cuyos ojos brillaban con extraordinario brillo.

—Ave María Purísima.

Exclamaron persignándose á una las dos santas, Rosa y Perfecta.

—Socorrida y amena, añadió otra monja llamada Teodora, la conversacion de ciencias ocultas.

—Otra diablura.

Dijo Rosa.

—Condenada por la Iglesia.

Añadió Perfecta.

—Entonces debemos renunciar á toda conversacion.

Observó Rita.

—Y enmudecer para siempre.

Observó á su vez Berta.

—Y de algo hay que hablar.

Apuntó Teodora.

—De Dios, de Dios, les replicó Perfecta.

—Tema inagotable.

Dijo á su vez Rosa.

—Todos los caminos de la virtud conducen á Dios.

Exclamó Teodora.

—Pero los hay sembrados de escollos que debemos evitar á toda costa. Quien ama el peligro perecerá en él.

—Veo, dijo Teodora, que vuestras reverentísimas personas, puestas á elegir entre una conversacion que tuviera por tema la ciencia y otra que tuviera por tema el mundo, preferirian la segunda.

—Claro es que sí, repuso Rita, accionando desordenadamente, con su libro en la mano.

—Pues no adivino la causa ni entiendo la razon de semejante preferencia.

—Yo la diré con lisura.

Dijo Rosa.

—Y todas la oiremos con atencion, exclamó Rita, pues en la ciencia se contiene el arte más empinado, el arte de gobernar á los pueblos.

—Esa ciencia política debiera llamarse la ciencia verdaderamente oculta, porque nadie la ha encontrado todavía.

Dijo Berta.

—Miren qué cosas se le ocurren, replicó Rita, picada, á esta mundana Berta.

—¿Quereis oír á la hermana Rosa?

Preguntó la hermana Perfecta.

—Que hable cuando y cuanto quiera.

Dijo Rita.

—Nos dirá lo que dice siempre.

Dijo Teodora.

—Aumentado con alguna cita latina.

Dijo Berta.

—Y en tono de sermon.

Volvió á decir Rita.

Y todas armaron tal y tanta algazara hablando á un mismo tiempo, que la priora intervino para recordar á la comunidad sus deberes y regir y ordenar la desvariada competencia. Solamente á este poder de la autoridad debió Rosa la atencion que, vencidas por la palabra de su priora, todas le concedieron bien ó mal de su grado. Así, la buena monja comenzó á hablar de esta suerte.

—Disputábamos con empeño acerca de la conversacion que puede servir más, así á nuestra alma como á nuestro cuerpo. Ninguna de vosotras oponia la menor objecion á las conversaciones religiosas. Pero algunas discutiais respecto á la bondad de los asuntos mundanos sobre los asuntos científicos. Y Sor Teodora, en son de queja, nos ha dicho que posponiamos estos á aquellos. Es verdad.

—Mal rayo te parta.

Exclamó Teodora.

—Habrás visto descaro.

Añadió Rita.

—Siervas del Señor, ¿qué palabrotas son esas tan impropias de esta santa casa?

Preguntó con voz gangosa y en tono acre la madre priora.

—Santa madre, se oyen aquí unas cosas.....

Dijo Teodora.

—Que me hacen estremecer de pena, repitió la priora, y por lo mismo os ruego que pidais perdon á Dios por haberle ofendido, y luego mutuamente os perdoneis las unas á las otras.

Pusiéronse, en efecto, de rodillas las monjas para pedir perdon á Dios,

murmurando una oracion de rúbrica, pero de perdonarse unas á otras no dieron ni el menor indicio, aunque se saludaron con majestuoso aparato y ceremoniosas reverencias.

—Continúo lo que iba afirmando, dijo Rosa, que habia vuelto á recojer el hilo y la hilacion de sus palabras. Las potencias del alma son varias. La primera quizás de todas ellas, el entendimiento; y la segunda la voluntad. El entendimiento guía á la voluntad. Las conversaciones mundanas hieren la voluntad y las conversaciones científicas hieren el entendimiento. El error resulta mucho más criminal que el pecado. Por consiguiente, siendo la voluntad una potencia del alma subordinada y el entendimiento una potencia del alma predominante, recelo mucho más de las conversaciones atentatorias al entendimiento, que de las conversaciones atentatorias á la voluntad. Siendo el error mucho más desagradable á Dios que el pecado, deben anteponerse á todo preservativo los preservativos contra el error.

—Vaya, dejémonos de estas cosas, exclamó Berta, para tratar de otras más interesantes. Si consagramos á Dios hasta las horas de descanso, desmentimos nuestras propias ordenanzas que las han destinado al recreo de la inteligencia y al esparcimiento del ánimo. ¿No sabes lo que pasa en la vecindad? Pues el sacristan requiere de amores á la hija del veterinario de enfrente; y la lavandera del monasterio tiene las brujas en el cuerpo, por lo cual hánle puesto escapularios en el vientre y echádole agua bendita á la cara con copia de exorcismos; y el chantre de la catedral cantando la antífona de vísperas, se ha tragado un diente que llevaba postizo, lo cual hále traído á extremo de ahogarse; y la dama principal de esta nuestra calle, prendada del novio de su hija, en arrebató de celos y desesperacion acaba de envenenarse para pedir luego, así que sintió los estragos del tósigo, rápido contra-veneno, temerosa de que se le llevarán todas las malas lenguas su reputacion, y todos los diablos del infierno su alma; el señor obispo.....

—Madre Berta, dijo la priora, á quien Lucifer en persona buscará algun día, si tarda en corregir esa lengua, es á la sierva del Señor capaz de decir tales disparates y contar tan perversos cuentos, sin caridad para el prójimo y sin temor á Dios.

—Perdone, santa madre nuestra, perdone; pero yo creo que el mal no está tanto en que se digan estas cosas como en que sucedan.

—Lo más desagradable á Dios, hijas mias, no lo olvidéis, es el escándalo.

—Vamos, exclamó Teodora, ya veo que acabareis por preferir las ciencias á todas las cosas de este mundo. Catad los alambiques y vereis las cosas ocultas. Si quereis adobar el rostro, allí encontrareis los albarinos; si curtir la piel, allí la esencia del zumo de limones; si perfumar el cabello, allí los aromas de estoraque; si inspirar amor, allí el aceite de cebolla albarana; si curar las penas, otros líquidos eficaces y prontos. Dadme el pan

que habeis mordido, y os pintaré con rayas de bermellon en las manos, despues de haber descrito varias figuras en torno de los piés, el destino reservado en sus misteriosos decretos á vuestra vida por el cielo.

—¡Oh abominacion de las abominaciones! ¿Y que creais esas cosas? dijo Sor Perfecta. Envíenos su luz el Espíritu Santo para que podamos dar alguna á estas sus siervas. Encenegadas en el pecado, las almas se levantan á la virtud cuando oyen y entienden requerimientos del cielo. Y á fin de que el cielo hácia Dios nos llame con amor por medio de la gracia, preciso es que nosotros le llamemos antes á él con insistencia por medio de la oracion. Dejád, hermanas, las groserías del cuerpo: que sobre todos los gozos, sobre todos los deleites, sobre todos los contentos, está el despertar del sueño de los sentidos á la vision perfectísima de Dios por medio de las meditaciones sobre su esencia absoluta, y de los éxtasis místicos que inspira el deseo de verlo para perderse en su inmenso sér.

—Lástima grande, dijo Berta, que no tenga nuestra religion la órden de predicadoras como tiene la Orden de predicadores. Dígoles que Sor Perfecta, en tal caso, mereceria su nombre propio, acreditándolo con verdadero crédito. Pero nosotras no estamos llamadas á esas cosas tan profundas, y debemos contentarnos con otras más humildes y de menos subido precio.

—Como por ejemplo, con la política, natural, digan lo que quieran, de nuestro estado y de nuestro sexo. ¿Quién no se enorgullece en Italia de contar entre tantos nombres, como ilustran sus anales, á Catalina de Sena? Su piedad le consiguió el dictado de esposa por excelencia de Cristo. Si las potestades del cielo pudieran envidiar, la hubieran envidiado á ella. Su virtud crecia á tal punto en los ejercicios piadosos que se mantenía con el pan de los ángeles, con la hostia consagrada, como si fuera en los abismos de la tierra un espíritu puro, una estrella del cielo. Y con toda esta virtud sobrenatural mezclábase en los negocios políticos de su tiempo, y se atrevía á dar consejos á los Papas y á los Concilios ecuménicos.

—Hermana, replicó Rosa, para eso que deseais y quereis, se necesita la misma claridad de ingenio que Catalina tenia, y la misma rectitud de propósitos y de intenciones. Una golondriua no hace verano, como dice el refran. Una excepcion no deroga las leyes generales, antes las demuestra y afirma. La palomica del aire, anda. Pero no anda como vuela. El cisne se sale del agua pero no tiene la majestad en tierra que en el estanque, cuando parece blanca espuma batida sobre el cristal azul. Nosotras debemos orar á todas horas, y en vez de empeñarnos en combates correspondientes á otro estado y á otro sexo, meternos como ángeles de caridad entre los combatientes con riesgo y aun sacrificio de nuestra vida para unir los corazones, poner paz entre los combatientes, curar los heridos y enterrar los muertos, cuando todos los abandonan y los dejan entregados á la voracidad de los cuervos y al frio del olvido.

—Bien hablado, exclamó Berta, pero si estoy porque algunas de nosotras tengan esa perfeccion, no estoy porque la tengan todas. ¿A qué hemos de ignorar nosotras los sucesos ocurridos en el mundo? Sabiéndolos, sabemos los escollos de que nos hemos libertado. Un confesor ejerce ministerios tan santos como nuestro ministerio mismo y sabe por el confesionario cuanto pasa en el mundo. ¿Por qué nosotras no hemos de saberlo? Veré yo al sacristan desde mi celosía pasarse horas enteras machacando herraduras en el banco del albeitar ¿y habré de callármelo? Sabré que la sobrina del Podestá se ha comprado un hilo de perlas con el cohecho de un preso escapado á su jaula ¿y habré de olvidarlo por no promover escándalo? Cuando la juececilla de marras apretó la mano al escribanillo que le daba agua bendita y le dijo que le amaba, yo, que atisbé toda aquella tragi-comedia desde el coro ¿habia de tragármelo á riesgo de que pudriera mi estómago?

—No diga bellaquerías.

Exclamó Sor Perfecta.

—¡Bellaquerías! Respondió airada Sor Berta. Puede ser que algunas que no las dicen, las hagan.

—Todo sea por el amor de Dios, exclamó la Madre Priora. No podeis juntaros sino para reñir. Dice Sor Berta muchas cosas fuera de propósito....

—¿No es verdad? Madre.

Preguntó Sor Perfecta.

—Pero tambien las califica Sor Perfecta con sobrada crueldad.

—Tiene razon la Santa Madre.

Dijo Berta.

—Mas no convengo en esa comparacion con los confesores. No sé por qué la Iglesia nos ha prohibido á nosotras las mujeres que predicáramos, pues todas, cual mas, cual menos, todas somos elocuentes, y empleamos la mejor elocuencia, la elocuencia del sentimiento. Pero sé por qué no las ha hecho confesoras. ¡Oh! Seguramente todas lo sabeis, y si no, lo adivinais; no las ha hecho confesoras porque no podrian guardar ni un minuto los secretos de la confesion.

Dijo la Priora.

—Con todas estas razones, observó Rita, fortaleceis mi sentir. En nosotras la indiferencia política no cabe. Las revoluciones sacuden los monasterios como pudieran sacudirlos ¡ay! los terremotos. Aun vuelan por Florencia las cenizas que produjeran las teas de los Ciompi. A cada orilla del rio ardian dos líneas de incendios, y por el agua enrojecida al fuego y á la sangre, rodaban restos semejantes á los despojos de una batalla ó de un naufragio. Las torres yacian arruinadas, y sobre sus piedras esparcidas alzábanse las horcas llevando cadáveres medio podridos, cuyas carnes por los cuervos y por los perros desgarradas, se caian á pedazos, manchando el suelo y corrompiendo el aire. ¿Preserváronse por ventura de esta furia los con-

ventos? El de Eremitas de los Angeles se vió por dos partidos igualmente violado. La campana del Carmine despertó el general levantamiento con sus tañidos á rebato. En Santa María, al pié de la Virgen Madre pintada por Cimabue, acogióse la gente menuda, pidiendo auxilio y confesores. ¿Quién se salvó de aquella desventura? ¿Quién no sintió en sus carnes el calor de tales llamas? Todos sufrieron por igual, así los culpados como los inocentes, más aun los inocentes que los culpados. Desasios luego de las influencias políticas. Sonreid al rumor de la plebe alterada, y el dia menos pensado os veis con agua al cuello, en medio de inesperada inundacion. Todas debemos llevar en una mano el libro de rezo y en otra mano el libro de política.

—Convertis esto, dijo la Priora, en una especie de Academia florentina, y hay que mezclarse bien ó mal de nuestro grado en vuestras controversias.

—Ni creo ni espero que la Santa Madre desconozca la fuerza de mis razones en favor de las ideas políticas.

—Fuerza tienen; pero no tanta que me muevan á admitirlas. Yo pienso con Sor Rosa que debemos orar por todos los combatientes.

—¿Por todos? ¿Así por los asesinos como por los muertos? ¿Así por los ladrones como por los robados? ¿Así por los asaltantes de los conventos como por las monjas inmoladas? Confieso que no llega á tanto en mí la misericordia. ¿Qué diriais si orase por Luzbel?

—No hay que orar por Luzbel, pues en el infierno jamás entrará la esperanza, pero sí por el pecador que aun puede arrepentirse, sí por el alma del purgatorio que aun puede salvarse.

—Pues yo jamás perdonaré á los que, promulgando hace pocos años la odiosa reforma del impuesto sobre la renta, han empobrecido al rico sin enriquecer al pobre, para quedarse ellos con la fortuna y con el poder pertenecientes á todos.

—Mire, hermana Rita, que eso quema y mucho. Al tratar semejantes cuestiones, tratais de los Médicis; y al tratar de los Médicis, arriesgais mucho, porque á todas partes llegan los oidos de su inquisicion y las manos de su poder.

—Madre: ni puedo, ni debo, ni quiero resignarme á la proscripcion de todos los míos, de los nobles cuya genealogía se entronca con los Pares de Francia cuando no con los Patricios de Roma, y cuyos esfuerzos han formado la tierra que pisamos.

—Tanto orgullo desdice de ese hábito.

Exclamó la Priora.

—*Potentes deposuit de sede*, murmuró Sor Rosa, *et exaltavit humiles*.

—Buenos están los humildes exaltados, buenos. Son, en último término los negociantes trapalones, los usureros crueles, los mercachifles.....

.....